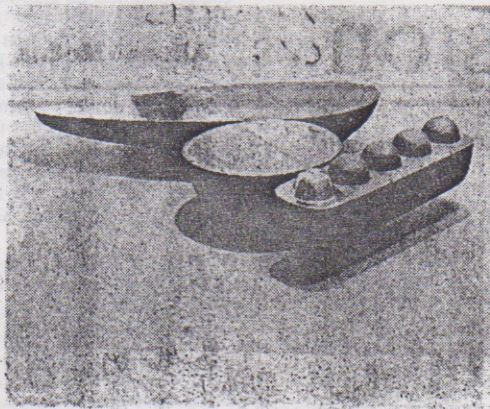
NOMBRE DEL PERIODICO: EL NACIONAL.FECHA: 24-8-93.SECCION: ESPECTACULOS.PAG.: 17

# PLASTICA

ROBERTO GUEVARA



"Alquimia", obra de Germán Botero en la muestra Cartografías.

## Las otras cartografías

Se dice que a la era de los críticos de arte, ha sucedido la de los curadores, tal vez dominante en los últimos ocho, diez años. Tal vez. La primera podría tener el sello del discurso museológico, el ordenamiento del analista y los presumibles rigores del crítico. El segundo la autonomía más personalizada, la parábola en vez del discurso, la inspiración para el uso de la libertad. A los males del dogmatismo de la era donde los grandes museos y sus especialistas determinaban a priori el enfoque de las visiones de América Latina en el arte contemporáneo, por ejemplo, en este nuevo proceso, se supone, habría un acercamiento más osado. Los hechos confirman o desdicen tal posibilidad. Veamos algunos casos recientes: Ante América, Corazón Sangrante y ahora Cartographies.

Corazón Sangrante es apenas un cambio nominal, pues todos los males del dogmatismo apenas son disimulados por las alegorías de los textos menos convencionales que los usuales. Los curadores (dos de Boston, otro de New York) escogieron la vía fácil, sus experiencias ya dadas, el entorno más próximo, Cuba, los latinos de USA y desde luego México, no siempre bien visto, con graves omisiones como la inagotable fuente de sangre de los grandes cronistas populares, de los ex-votos hasta Posadas.

Esto determina que la proposición (Olivier Debroise) de una "cultura de desencuentros y malentendidos" pudiera ser corroborada, en especial ante ausencias tan monumentales como la del coloso brasilero, verdadero arsenal para el tema. Ante América tiene otro tipo de curadores, pero la misma parcialidad: parece un tiempo para buscar sólo en lo próximo y conocido. ¿De qué vale entonces el cambio supuesto? Gerardo Mosquera, Rachel Weiss y Carolina Ponce de León comparten esta otra visión del conti-

nente, donde las ausencias vuelven a ser aplastantes y sobre todo injustificadas. Ante América es valiente, honesta, habla del valor del Acto, del Discurso de Integración y de una cierta "contribución al disfrute estético", afirmación pero la misma parcialidad: parece un tiempo para buscar sólo en lo próximo y conocido. ¿De qué vale entonces el cambio supuesto? Gerardo Mosquera, Rachel Weiss y Carolina Ponce de León comparten esta otra visión del continente, donde las ausencias vuelven a ser aplastantes y sobre todo injustificadas. Ante América es valiente, honesta, habla del valor del Acto, del Discurso de Integración y de una cierta "contribución al disfrute estético", afirmación desconcertante en Mosquera. Los resultados aunque valiosos, son bastante imprecisos. Como el punto de partida.

**Cartographies** es otra cosa. Tiene una unidad conceptual más clara, aunque muy sutil: todo mundo nuevo comienza a ser plasmado para el conocimiento a través de los mapas y registros que han servido al hombre, por siglos, para crear la ilusión de apresar mares, tierras y reinos desconocidos. Mucho de su éxito se debe a la libertad de espíritu de Ivo Mesquita y de quienes le dieron soporte, el resto al aporte original y distintivo de la gran mayoría de los participantes. Hay que felicitar al MAVAO por la tenacidad en divulgar los grandes encuentros y confrontaciones, a través de exposiciones de este tipo que son la mejor contribución a un nuevo orden de ideas para acercarnos a la realidad vertiginosamente móvil del arte latinoamericano contemporáneo. Su amplitud viene del corazón brasilero, desmesurado, ávido, abierto al norte, al sur, a todos lados, siempre osmótico. Su tesis más clara se refiere tanto a la necesidad de dejar de lado los nacionalismos, como el proceso vinculante que es el autodescubrimiento, la afirmación a partir de todo cuanto el hombre arrastra al conocerse a sí mismo, al simple y total hecho de decir de sí, de lo suyo. Sin dogmas, se llega al fondo del asunto, dentro de la dignidad de cada quien y en la vastedad de los plurales disonantes. Esta defensa de la privacidad, del fuero individual, es por consecuencia natural, el acceso a lo propio.

Así entendemos por ejemplo la obra de José Leonilson, nacido en Fortaleza, en 1957, y muerto apenas en mayo de este año. Su obra en esta ocasión es la descriptiva del rito autobiográfico, una lectura abierta en una instalación de objetos personales, fetiches simbólicos como una falda (llamada "fertilidad"), como la poesía leve y cruel de un canto, de una confesión. Algo de esto estuvo siempre en artistas como los mexicanos Julio Galán (Coahuila, 1959) y Nahum Zenil (Ciudad de México, 1947), implacables en el acto de desnudar la vida propia de todo aquello que le resulte superfluo y de asumir en cambio las imágenes y las inesperadas metáforas que la existencia procura, hasta en sueños. Gonzalo Díaz (Santiago, 1947) y Juan Dávila (Santiago, 1946) ambos chilenos, parten no obstante de posiciones contrarias. Dávila por alejamiento (su obra ha sido hecha, en los últimos 15 años, en Australia y nunca ha expuesto en Latinoamérica) recopila con fuerza mural y extraordinario lenguaje masivo, los grandes emblemas discordantes en tiempos y lugares, pero unidos por la suma de la simultaneidad. Gonzalo Díaz desde aquí, enfrenta el poder equivoco de los recursos publicitarios que desean manipular las masas y con el aparatoso apesamiento y exhibición del jefe del Sendero Luminoso, que el artista nos muestra a través de una "voluptuosa", irónica y magistral instalación, que nos llena de un solo golpe de una realidad ineludible, de la cual, en alguna forma, somos parte. Los fotógrafos también en el área descriptiva aportan signos distintos, personal y autobiográfico, como una obsesión por afirmar lo femenino universal en sí misma, en la cubana Marta María Pérez Bravo (1959); o la pasión del otro, en el brasilero Mario Cravo Neto (Salvador, Bahía, 1947).

Un caso aparte es el colombiano Germán Botero (Tolima, 1946) con una escultura desdoblada en piezas de una articulación fantástica, que recuerdan los instrumentos musicales, la tecnología o la arquitectura que corre por su cuenta. La movilidad de la exposición, supone cambios en las obras y en la representación en consecuencia de los artistas. El formidable José Bedía (La Habana, 1959) podría estar mejor representado. Se puede preferir el misterioso escenario anterior de Kuitca (Buenos Aires, 1961), a los actuales planos y cartografías fabulatorias. Pero los sentidos se avivan con los brasileros y su inusual manejo de los materiales desmaterializados, Iole Freitas (Belo Horizonte, 1945) y Carlos Fajardo (Sao Paulo, 1941), pero se añora profundamente el excepcional Tunga. La talentosa María Fernanda Cardoso (Bogotá, 1963) luce mal ubicada y su ejército de huesos, conmovedor, un tanto perdido. Por Venezuela Alfred Wenemoser (1954) reiterada su mitología de la revelación y lo criptico, el dramático proceso de la trasposición, del enfrentamiento de los dominios que él, como inmigrante, sufre entre mundos opuestos y propios a la vez.